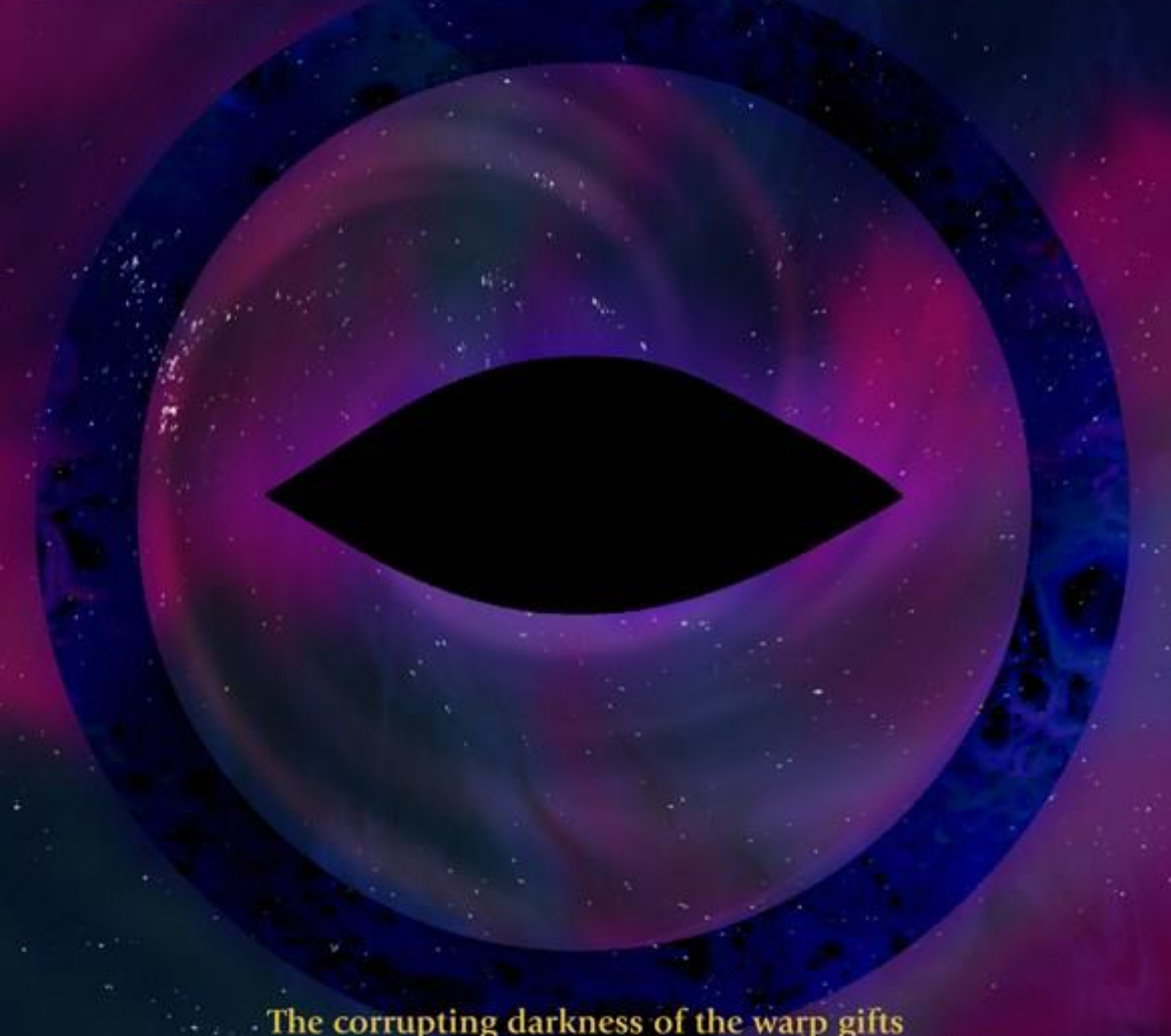
THE HORUS HERESY®

BLACK OCULUS

John French



The corrupting darkness of the warp gifts
the blessed few with a new sight



LA HEREJÍA DE HORUS

OJO NEGRO

JOHN FRENCH

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

PERTURABO	Primarca de los Guerreros de Hierro

Personaje Imperial

NAVEGANTE	Navegante de la casa Thal de la *Sangre de Hierro*, nave insignia de los Guerreros de Hierro

Más allá del límite del cielo siempre hay otro horizonte, siempre un paso más que dar, siempre un nuevo sol que ver.

Versos de la Alta Edad de la Gran Cruzada (Canto XIX), Calus Quintus

Sé que estás ahí. Te veo en la oscuridad de tu sueño. No nos conocemos, y no nos conoceremos por el momento. Ni siquiera puedes oírme, pero eso no importa. No se necesita oír para escuchar la verdad. Así que te la voy a decir. Te la voy a decir porque no puedo enseñártela. Y debes comprender, porque si no me quedaré solo con este regalo. Y es uno que no puedo soportar.

Empezó con una palabra del primarca.

—Adelante.

Adelante.

—Esa es mi orden. Ejecutadla. Ahora.

Tenía que obedecer. Esa es mi function. Soy la nave y su curso. Voy donde se me ordena. El metal del trono de navegación era cálido al tacto cuando lo noté contra mi piel al ocuparlo. El sudor manaba de mis poros, sonrosado por el tinte de la sangre.

No estaba solo. Mis primos tomaron asiento en los tronos a ambos lados del mío. El aspecto de su piel era aceitoso, húmedo y frío, como el de la piel de peces que hubieran generado capas de epidermis de limo bajo el sol. Se necesitan tres de los nuestros, como ves, para pilotar el *Sangre de Hierro*, para enhebrarlo en el ojo de la aguja de la disformidad: uno para ver, los otros dos para ver lo que el primero no puede ver. Yo era el primero. Yo era el *navigator primus*, y en la disformidad aquella gran nave me pertenecía a mí tanto como al Señor de Hierro. Así, por mucho que el diera la orden, fui yo quien llevó la nave hasta la estrella negra.

Me senté en mi trono, y las compuertas de la mampara se abrieron.

Y vi el sol.

La corola blanca.

El ruido, bordes de cristales afilados chirriando unos contra otros.

El disco de noche.

Yo me empequeñecía en mi trono a la vez que aquel sol negro se hinchaba. Podía sentir el ruido zumbando en mi garganta. Mis ojos mundanos me escocían, lágrimas ácidas me recorrían las mejillas.

Adelante.

Abrí mi vista verdadera.

La no-luz alcanzó la negrura de mi tercer ojo.

Y lo vi.

Fuimos creados para ver. Soy un navegante de la casa de Thal, y nuestra casa es sólo una entre muchas. No somos humanos, aunque podamos parecerlo. Somos una divergencia de la especie, una reacción deliberada de la evolución ante la necesidad, si lo prefieres. Los navegantes podemos mirar a la disformidad y leer sus corrientes, y así guiar las naves a través de distancias que llevaría milenios cruzar encadenados a las leyes del tiempo y el espacio. Por eso se nos mantiene separados, se protegen nuestros genes, nuestras casas tienen privilegios. El tercer ojo en mi cráneo es un portal entre la locura de la disformidad y el pensamiento humano. Mi mente puede posar su mirada sobre lo imposible y no romperse.

He contemplado horrores y cosas peores, y he seguido vivo. He seguido siendo yo mismo.

Eso fue hasta que mi servicio a la IV Legión me llevó a la estrella negra en el corazón de la herida que dejó tras de sí el nacimiento de un dios.

Sí, he dicho «dios».

¿De qué otra forma puedo llamarlo? Hay un límite para nuestra conciencia, un límite para nuestra comprensión, un límite para nuestras palabras. He dicho «dios» sabiendo que existe, que *existen*, pero aun así sé que la palabra no puede abarcar lo que son. Son la verdad más allá del velo. Son el patrón en la disformidad que nunca había llegado a discernir. Son lo que aguarda más allá de los portales de lo que existe.

Y los vi. Y vi el corazón de todo.

Y la estrella negra nos engulló.

La *Sangre de Hierro* se deslizó al interior de la garganta de la oscuridad. La existencia se alargó, se convirtió en una delgada línea dibujada sobre un lienzo negro. Oí el silencio, y el silencio gritó. La luz se volvió sólida. Los sólidos se convirtieron en esculturas de luz y reflejos. Los números y las dimensiones se desplomaron desde la realidad a aquel pozo. Un instante, más fino que un pensamiento y más largo que el tiempo, extendiéndose más y más, hasta convertirse en un sonido que siempre había estado allí pero que nadie podía oír.

Hasta convertirse en una risa. Una eternidad de risa.

Y entonces ese instante terminó, y me encontré gritando en mi trono de acero, y todo un mundo de enfermiza sensación y de crueles bordes se precipitó sobre mí una y otra vez. Sonaban alarmas, y las paredes eran rojas porque sangraban. La tripulación corría en todas direcciones. La nave giraba sobre sí misma —pensamientos, estrellas— a la deriva. Los ojos de los médicos parecían gritar —gritar de terror— cuando se precipitaron sobre mí y me ayudaron a bajar del trono y escuché algunas palabras —fórmulas alquímicas— y las palabras eran como vaharadas de vapor rojo que danzaban ante mi vista. Y entonces sentí la primera aguja en la carne.

Luz roja. Máquinas gritando. Agujas…

…y después el silencio.

Ahora sueño. Sueño bajo las olas de los sedantes en un pozo enterrado en un mundo asesinado que se llama Tallarn. Los hijos de Perturabo me mantienen aquí. Nos mantienen a todos aquí, a todos los que atravesamos la estrella negra con los ojos abiertos. Nos despiertan para que veamos por ellos, para guiarlos hasta el final del círculo que desean completar.

Creen que comprenden.

No pueden. No, nunca comprenderán.

Para comprender hay que ver.

He visto las sombras debajo del mundo. He pasado mi vida como una criatura que se movía a través de un reino irreal con los ojos de un mortal. Ahora soy una criatura que se mueve a través del reino mortal con los ojos de un dios.

Y *siempre* veo.

Ahora veo. Incluso aquí, silencioso y dormido, veo. Te veo, hijo del hierro, escondiéndote en una distante oscuridad bajo capas de tierra y piedra. Te veo y te cuento los secretos que nunca escucharás. Y este último secreto es mi regalo para ti, un regalo traído del corazón de una estrella negra que arde en el punto en el que lo mundano y lo eterno se encuentran.

Vistos desde aquí —desde el otro lado de la membrana, fina como un pellejo, de la realidad— no sois fuertes ni débiles, no sois nobles ni crueles.

No sois héroes.

Sois ciegos.

Y el universo os ve.

Y se ríe.

FIN DEL RELATO